

Los Sentidos del Cuerpo de Cristo (Estudio de los Cinco Ministerios)

Tomado de: <http://canada.verbo.ca>

La comparación con cosas o situaciones conocidas es la mejor manera de entender las no conocidas. Jesús usaba magistralmente este recurso de enseñanza; lo podemos ver en sus parábolas. Por ejemplo, cuando él se sugiere como la vid y a nosotros nos compara con pámpanos, con la intención que comprendamos el cómo y el por qué de llevar fruto. Recurre a algo que conocemos, que los pámpanos (ramas) no producen el fruto, sólo lo dejan crecer y desarrollar, pues es la savia que viene desde el tronco de la vid la que lo produce.

Gracias a eso hemos logrado entender que, aunque no tenemos en nosotros mismos la habilidad de producir fruto, al estar en Cristo él nos capacita por su Espíritu para llevarlo o manifestarlo. Conociendo esta ventaja de las comparaciones, un día mientras meditaba en cómo el ministerio quíntuple se supone equipar a la iglesia, mi mente recordó que la iglesia es comparada a un cuerpo. Por tanto me pregunté: ¿cómo es que el cuerpo humano recibe su capacitación, su información para funcionar armoniosamente como uno, bajo la dirección de la cabeza? Y, se me ocurrió que de la misma manera que el cuerpo humano recibe su perfección y equipamiento a través de los cinco sentidos, pues toda la información que poseemos nos viene a través de alguno de ellos, de igual manera, el cuerpo de Cristo, recibe su equipamiento a través de los cinco ministerios.

Por eso los consideré "Los Cinco Sentidos Espirituales", y la comparación me resultó fascinante e informativa. Estoy seguro que esta comparación nos ayudará a entender mejor la función de los dones ministeriales y su importancia en nuestra vida.

El sentido de la vista

Este es el sentido de más largo alcance. La vista nos permite apreciar cosas y fenómenos que los otros sentidos no pueden captar, proporcionándonos de esta manera, una meta que podemos alcanzar, y un sentido en el cual movernos. Nos muestra un cuadro más amplio de nuestras circunstancias y del lugar de acción en que nos hallamos, y, nos mantiene en rumbo correcto para que no tengamos que vacilar sin destino, dudando cuál será el final de nuestra jornada.

Por medio del sentido de la vista, conocemos la realidad que nos rodea y la meta que nos espera, de modo que nos capacita a prevenir algunas circunstancias y eventos que en la trayectoria encontraremos. Por ejemplo, si entre mi meta y yo hay un río, el sentido de la vista me permite considerar las opciones para vencer el obstáculo y conseguir la meta.

Me enfrenta la opción de edificar un puente, si es que deseo que otros puedan seguir mi camino. O un barco, si tan sólo necesito cruzar con unos pocos a la vez. O, si es necesario y hay tiempo, me presenta la opción de aprender a nadar. Y, desde luego, es la vista la que me permite ver los elementos a mi disposición para conseguir o formar los medios, o herramientas que me auxilien en mi propósito.

Una de las cualidades excepcionales del sentido de la vista, es que es el único sentido que puede hacer uso de la luz; es el único capacitado para recibir la luz y transformar su influencia en una amplia y necesaria información. La vista, sin embargo, capta los objetos visuales al revés, y se requiere de un proceso directo de la cabeza para presentarnos una imagen clara y correcta.

En su sabiduría, Dios diseñó para el sentido de la vista dos ojos. Una de las razones es que se necesitan dos ojos para discernir profundidad y relieve, de lo contrario las cosas se verían planas o superficiales.

Con esa información en cuanto al sentido de la vista, podemos entender el ministerio del apóstol. Este don ministerial es el de más largo alcance; él tiene el propósito y la visión de Dios. Muchas veces los otros dones no pueden captar experimentalmente lo que el apóstol está viendo, pero él recibe la luz de Dios y la transforma en información vital para guiar el cuerpo de Cristo. Esa percepción lo capacita para aclarar al resto del cuerpo, su condición actual y los pasos necesarios para llegar a la meta, manteniendo así a todos los miembros unidos con el mismo fin o propósito.

Por tener una amplia percepción el don apostólico entiende qué instrumentos serán necesarios o más apropiados para llevar a cabo los planes de Dios. Y ya sabiendo lo que busca, le es más fácil descubrir en los miembros del cuerpo, aquellos que mejor pueden desarrollar esa función. Un ejemplo de este principio es Moisés recibiendo la visión del tabernáculo y luego encontrando a los que fuesen idóneos para llevar a cabo el trabajo, y también el entrenamiento de otros que pudieran hacerlo.

Donde el ministerio apostólico no es reconocido, se carece de esa visión de largo alcance y la obra tiende a centrarse en el mismo grupo. Como le ocurre a un ciego, otros ministerios se desarrollan más y toman la preeminencia pero no pueden proveer al cuerpo la motivación e información adecuada para alcanzar la meta, pues ellos mismos no están seguros de lo que implica alcanzarla. Proverbios 29:18, "Sin profecía (visión, sueño, etc) el pueblo se desenfrena, quita restricciones, se descarría y, se desune".

1 Co. 4:1, "Así pues, téngannos los hombres por servidores de Cristo, y administradores de los misterios de Dios". La palabra misterio es una verdad no conocida y los apóstoles como los administradores de los misterios de Dios, son los que reciben la luz y la transforman en información para el cuerpo (Efesios 3:3-5).

El ojo es en realidad un instrumento del cerebro, un lente que capta las cosas al revés, y es el cerebro el que las normaliza. De igual manera, el apóstol a veces parece presentar la visión al revés, pero Jesús que es la cabeza, derrama gracia para que los resultados sean en armonía con su visión. Aún el ministerio del apóstol necesita de otros apóstoles, pues cada uno tiene una perspectiva, un entendimiento y revelación complementaria (no distinta) de la misma visión. Así como dos ojos producen el relieve los apóstoles dan solidez y profundidad a la visión de Dios. Se necesitan dos ojos para producir el efecto de profundidad o relieve en las cosas, con un sólo ojo se verían planas.

Se necesita más que un apóstol para comprender a mayor profundidad "los misterios de Cristo", pues también se puede sufrir de miopía espiritual, o sea, ver sólo las cosas que están tan próximas que es casi imposible prevenir sucesos o planear mejores formas de actuar.

La Biblia nos presenta que el primer sentido que el diablo atacó fue el de la vista. Gén. 3:5, "Sino que sabe Dios que el día que comáis de él serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal". Antes de que Adán y Eva "quisieran ver por sí mismos" dependían de Dios para decidir qué era bueno y qué era malo. Una vez que tomaron para sí la potestad de escoger su visión, cayeron víctimas del enemigo y se convirtieron en ciegos espirituales.

De igual manera el enemigo continúa atacando la vista del cuerpo de Cristo diciéndole a cada parte del cuerpo (o sea, iglesias locales, denominaciones, etc): "Ustedes decidan por ustedes mismos, ya no confíen en que hay ciertos dones de Cristo a la Iglesia, esos se acabaron en el Nuevo Testamento. Ahora ustedes son sus propios ojos". Esa mentira tiene a la mayoría de Iglesias enfermas de miopía y hasta ciegas. 2 Pedro 1:9, "Pero el que no tiene estas cosas tiene la vista muy corta; es ciego, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados".

Dios desea restaurar la visión a su iglesia, y así como tuvo que trabajar con Abraham hasta que llegó a creer a Dios y fue llamado amigo de Dios, él desea que nosotros creamos y le permitamos restaurar una visión global a la iglesia.

Génesis 13:14-15, "Y Jehová dijo a Abraham, después que Lot se apartó de él: Alza ahora tus ojos, y mira desde el lugar donde estás hacia el norte y el sur, y al oriente y al occidente. Porque toda la tierra que ves, la daré a ti y a tu descendencia para siempre".

2 Corintios 4:18 "No mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas".

El sentido del oído

El sentido del oído está dividido en dos secciones, llamadas "rama coclear" y "rama vestibular". Cada una de éstas desempeña una función específica e indispensable para el buen funcionar del cuerpo. La rama coclear es la que se ocupa de captar los sonidos, es la que hace la función de oír, pero la rama vestibular tiene a su cargo la función de dar equilibrio o balance al cuerpo.

Aún cuando podemos ver a dónde vamos, si carecemos del oído, nos falta balance. Recuerdo una vez que se me tapó el oído y sólo sentía un zumbido y un vacío muy grande en la cabeza; caminaba inseguro. El oído complementa la vista, que aunque tiene largo alcance, carece de la habilidad de detectar cosas u objetos que se aproximan por detrás, afuera de su dirección, porque puede captar sonidos, voces o mensajes que adviertan al cuerpo de un peligro que se acerca, recibe información que indique un desvío en el camino o explicación del por qué de las circunstancias presentes, así como exhortación a continuar en el camino, etc.

Llegamos a conocer personas por el sonido de su voz, y aunque no las veamos sabemos quiénes son.

La mayoría de nuestra información viene a través de la vista y el oído, podemos decir que éstos son los sentidos fundamentales. Al hablar de fundamento, claramente viene a nuestras mentes Efesios 2:20, "Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo".

El profeta es para el cuerpo de Cristo, lo que el oído es para el cuerpo humano. El profeta complementa la visión apostólica a tal grado que la porción de Proverbios 29:18 puede traducirse correctamente: "Donde no hay visión" o "Donde no hay profecía". El profeta tiene en el cuerpo de Cristo, la doble función que el oído tiene en el cuerpo humano. Por un lado funciona como rama coclear oyendo lo que el Espíritu dice a la iglesia y como rama vestibular dando equilibrio y balance a la visión apostólica. El profeta complementa la visión apostólica con palabra de Dios para situaciones específicas y algunas veces funciona como vista dejando saber cosas que vienen como el caso de Agabo en Hechos 11:28 donde el profeta dijo por el Espíritu que vendría una gran hambre. Eso permitió que la iglesia se preparara.

Un ejemplo de cómo la combinación de la vista y el oído ensanchan nuestra capacidad receptiva, es el de los efectos de sonido en las películas y los programas radiales. En las películas aunque se ve lo que ocurre, si no va acompañada de sonido, carece de expresión. Pensemos en una escena en que las aguas de un río corren montaña abajo y llegan a convertirse en una cascada. Si la vemos pero no lo oímos, no produce mucho efecto. Por otro lado en el radio, si se nos narra la escena y oímos su sonido pero no lo vemos, aunque nuestra imaginación añada árboles, rocas, flores, etc., la imagen mental es muy pobre.

Pero al combinar ambos, la vista y el sonido, sentimos en nuestro ser el impacto de aquella presentación. Muchas veces la visión apostólica por sí sola no nos emociona ni activa; tampoco el simplemente escuchar una voz profética exhortándonos, por ejemplo, a continuar firmes en la fe. Pero al tener ambos, la visión final y la motivación actual, en nuestro ser despierta con nuevas energías y mayor vigor, un interés duradero.

El don profético también equipa al cuerpo de Cristo a aprender a escuchar la voz de Dios. Hay muchas voces hoy en día, y necesitamos saber cuál es la voz de Dios. Jesús dijo: "Mis ovejas oyen

mi voz y me siguen" (Juan 10:27). Llegar a conocer una voz, no es asunto de un día para otro, por tanto el profeta oye por el cuerpo, y luego ayuda al cuerpo a conocer esa voz.

Con el sentido del oído pasa algo semejante al de la vista, se necesitan dos oídos para poder apreciar la dirección de donde vienen los sonidos. También se necesitan de otros profetas para juzgar la profecía y cuidar que la voz que se oye sea la del Espíritu de Dios.

1 Cor. 14:29-30, " Así mismo, los profetas hablen dos o tres, y los demás juzguen. Y si algo le fuere revelado a otro que estuviere sentado, calle el primero".

El sentido del tacto

El sentido del tacto es el de más grande expresión en el cuerpo; incluye o cubre todos los miembros.

El oír está limitado a los oídos, el ver a los ojos; el gustar está limitado a la lengua y el oler a la nariz; pero el palpar o sentir abarca todos los miembros del cuerpo.

Ninguno de los sentidos carece de importancia, aunque algunas veces la función de unos es más obvia que la de otros. El sentido del tacto nos parece, a primera vista, tan secundario que hasta nos preguntamos: ¿Qué tanto puede contribuir al equipamiento del cuerpo? Consideremos algunas características del sentido del tacto.

Cuando alguna persona carece de vista, uno de los sentidos que más se desarrollan en su cuerpo es el del tacto; hasta cierto punto, el tacto le capacita al ciego a adquirir información que la vista le suponía dar, tal como: escritura, formas y superficies. Desde luego, la información es limitada y carece de esa dimensión tan importante, de distancia.

Los que carecen de la vista pueden aprender a moverse como si pudieran ver, si se les limita a un ambiente en el que los muebles y las cosas estén siempre en el mismo lugar. Llegan a conocer el espacio y la localización de las cosas tan bien, que pueden moverse libremente como si pudiesen ver. Desde luego, eso implica que no puede haber movimiento de los objetos, ni modificaciones del espacio, ni renovación alguna, sino que todo debe permanecer igual.

Un cuerpo que tiene vista, oído, olfato y gusto, pero carece del sentido del tacto, se encuentra en una situación muy peligrosa, pues carece de defensa ante los ataques de microbios, los accidentes y tantas otras cosas invisibles al ojo, sordas al oído, inodoras al olfato e insípidas al gusto. Por ejemplo, si un zancudo con alguna infección nos pica, o nos cortamos accidentalmente con una espina, si ponemos la mano en alguna cosa caliente o tomamos algún líquido irritante, si no tenemos sentido del tacto y no sentimos los efectos inmediatos, cuando nos demos cuenta de los resultados puede que sea muy tarde. El dolor muchas veces es la única señal de que algo no anda bien con nuestro cuerpo, de que hay infección o alguna enfermedad.

Conozco la historia real de un chofer de camiones, que siempre ganaba los premios por hacer más viajes y llevar más carga. La razón era que casi no comía y casi no dormía, porque no sentía necesidad de ninguna de esas cosas. Un día, cuando no se presentó al trabajo, se le fue a buscar a su casa y resultó que estaba muerto. La autopsia reveló un gran hoyo en su estómago como resultado de mala nutrición, y la causa era que no le funcionaba una glándula pequeñita en el cerebro, que era la encargada de producir dolor y manifestar inconformidad ante tales circunstancias. El tacto es el que nos informa del frío y del calor, sin lo cuál podríamos dañar seriamente ciertos órganos delicados del cuerpo, o aún la misma piel exterior.

En contraste con los otros sentidos, el tacto es el único que no está totalmente subordinado al cerebro; de las áreas en donde el tacto está diseminado, sólo los músculos y piel de la cara dependen del cerebro. El resto del cuerpo reciben su dirección de la médula espinal y las señales sensoriales llegan al cerebro indirectamente. Por ejemplo, cuando uno pone la mano atrás para

recostarse sobre un mueble y siente frío, calor o alguna cosa, y retira la mano rápidamente, eso no fue guiado por la cabeza sino por la médula espinal. Se llama "arco reflejo".

Después, al ver qué fue lo que la mano detectó, la cabeza explica el por qué de esa respuesta; pero la acción no fue dirigida por la cabeza. En este caso el tacto actuó por sí mismo.

Debido a esa característica del tacto, es que tenemos otro factor interesante: el tacto rechazaría todo dolor si no estuviese sujeto a la cabeza. Por ejemplo si hay necesidad de inyectarse para quitar una infección, el tacto rechazaría el dolor de la inyección; pero como la cabeza sabe que es necesario para la salud del resto del cuerpo, ordena al sentido del tacto que se someta al dolor.

Por las características tan especiales de este sentido, que si se descuida perjudica al resto del cuerpo, y si se exalta en ausencia de la vista nos sufre con una visión limitada, le hemos de comparar con el ministerio evangelístico.

Son muchos los elementos de comparación entre el evangelista y el sentido del tacto. Podemos ver que es el ministerio que más fácilmente involucra a todo el cuerpo o iglesia. Todos se identifican de alguna manera con el evangelizar, no así con los otros cuatro ministerios. Por otro lado, así como los ciegos desarrollan más el tacto, las iglesias que no reconocen el don apostólico, (el que da visión global a la iglesia). tienden a desarrollar un énfasis desproporcionado en evangelismo, y convierten la predicación del evangelio en la meta final y propósito central de la iglesia.

En las partes del cuerpo de Cristo, donde el ministerio apostólico no es aceptado o se desconoce, la visión de la iglesia se limita a proclamar salvación. Mejor dicho, arrepentimiento de pecados y nuevo nacimiento. Aunque es el mensaje básico del evangelio, su trato exclusivo produce una visión muy limitada, carente de ese elemento motivador que capacita para continuar en victoria y desarrollo espiritual. Una de las características de esas iglesias es tener muchos bebés espirituales. Es frecuente que observen una tendencia a guiarse más por lo que sienten que por lo que saben, colocando el evangelismo como la meta final y propósito eterno de Dios.

Así como los ciegos pueden moverse libremente en un área conocida sin modificaciones, esas iglesias pueden expresar éxito y aparentar victoria mientras se mantengan en su molde, sin experimentar restauración ni más revelación. En otras palabras, se quedan estancadas, repitiendo monótonamente lo que han estado practicando por años y años, sin dejarse guiar más por el Espíritu de Dios.

Así como el tacto actúa a veces sin dirección directa de la cabeza, el evangelista se mueve a veces por impulso emocional propio; algo como el "arco reflejo". Esa independencia lo lleva aún a rechazar cosas buenas y necesarias, que su emoción le impide captar.

Tomemos por ejemplo la decisión de Pablo de que se excomulgue a un hombre que estaba metiéndose con la mujer de su padre. Para el evangelista tal medida podría parecer muy drástica; y si no estuviese bajo sujeción trataría de buscar otra solución.

O, en el caso del hijo pródigo, seguramente el evangelista no lo dejaría llegar a la penosa situación de alimentar cerdos, sino que trataría de solucionar su situación antes; y el propósito de Dios no se alcanzaría.

En la iglesia donde, por el contrario, el ministerio evangelístico no es funcional, la iglesia carece de esa compasión por las almas perdidas, ignora la apelación de Dios de ser como sus embajadores con un mensaje de reconciliación, y tarde o temprano esa parte del cuerpo descubrirá una gran infección que requerirá de una intervención drástica para salvar el resto del cuerpo.

El evangelista imparte al cuerpo el dolor de Dios por las almas que se pierden y el calor y ternura para buscar a la oveja perdida, a la mujer samaritana, al publicano despreciado. Donde este ministerio no opera, el cuerpo se enfría, pierde su primer amor y se desconecta del tiempo

presente; vive en el futuro, soñando despierto, ajeno a las personas que le rodean. Donde este ministerio se exalta, por encima del apostolado y profecía, el cuerpo carece de visión, se desenfrena y no tiene propósito. Resulta en grandes salones llenos de bebés espirituales y cristianos carnales.

Pero en donde el evangelista es reconocido en su perspectiva correcta, se exalta el propósito eterno de Dios y al mismo tiempo se tiene la motivación para cumplir la visión. Una iglesia que valora justamente el papel del evangelismo, entre los otros dones, produce un cuerpo sano que crece, se desarrolla y multiplica. No es suficiente ver y oír el llamamiento de Dios a evangelizar, ni lo es conocer el fin de aquellos que no reciben a Cristo. Se necesita sentir la compasión de Cristo por el mundo para fluir en su voluntad.

El sentido del olfato

Aparentemente este sentido es inferior a los otros; sin embargo, el apóstol Pablo nos advierte que los miembros más delicados son los más necesarios. ¿En qué forma contribuye el olfato para equipar al cuerpo? Imagínese despertar un día y salir a caminar al campo por la mañana; ver las flores de distintos colores y tamaños, tocar los verdes árboles y quizá unas cuantas frutas; pero no sentir ningún olor. Siente la brisa soplando suavemente, pero que no trae ninguna fragancia consigo. Que difícil sería vivir con esas limitaciones de placer.

Pero ahora vayamos a otra situación; supongamos que se va a dormir y se le olvida cerrar la llave de la estufa de gas; usted lo ve todo normal, no oye ninguna advertencia, no siente nada anormal; sin embargo, está a las puertas de la muerte, puede ser su fin. A juzgar por la vista, el oído y el tacto, no hay ninguna razón por la cual no tener como mascota a ese animalito tan mono con su pelo negro y esa franja blanca sobre sus lomos y esa cola tan amplia y bonita que tiene el zorrillo. Sin embargo el olfato no está de acuerdo.

La condición de no poder oler, se llama "anosmia"; es un daño entre la comunicación del cerebro con el nervio o "lámina cribosa". Y desde luego, como cuando un miembro se duele todo el cuerpo se duele, usted sabe que la ausencia del olfato, ya sea por daño físico o por enfermedad, afecta también el sentido del gusto, lo cual ampliaremos más al llegar a ese sentido.

Una característica muy especial del sentido del olfato es que es el que más rápido se cansa o se acostumbra a una sensación, a tal grado que es como que ya no olera. Por ejemplo, si camina hacia un basurero, el olfato inmediatamente detecta el mal olor, y lo reporta a la cabeza pero si sigue caminando hacia el lugar y se queda allí por un cierto período de tiempo, el olfato se cansa de reportar el mal olor y lo ignora.

Se acomoda o se acostumbra a él, aunque sigue capaz de discernir nuevos olores aún en ese mismo lugar.

¿Cuál es el sentido del olfato en el cuerpo de Cristo? El pastor. Es un ministerio muy especial, pues va más allá de lo que se puede ver, oír y sentir. El pastor tiene una gracia especial para discernir lo que hay detrás de las apariencias; en cierto modo, se puede decir que así como la mujer tiene un discernimiento mayor que el hombre, el llamado sexto sentido, el pastor también tiene una gracia especial. Puede entrar a la congregación un lobo con piel de oveja; se mira como oveja, se siente como oveja, pero no huele como oveja. El pastor sabe cuando algo huele mal o cuando se está tramando algo.

En un cuerpo local donde no funciona el ministerio pastoral, el cuerpo carece de esa habilidad de apreciar la fragancia y el olor grato a Dios que producen las cosas pequeñas y sencillas. Como el testimonio de gratitud de una ancianita, el canto desentonado que brota de un corazón lleno de amor, la fidelidad constante y silenciosa de hermanos que no dicen mucho pero que siempre están allí donde se necesitan. De no ser por el olfato, el cuerpo carece de advertencia contra esos aires de superioridad y arrogancia que enferman y dividen al cuerpo, y esos perfumes artificiales que aunque huelen fuerte no suelen subir a Dios como ofrenda grata.

El olfato es el sentido que más rápido se cansa. Al entrar a un cuarto con mal olor, el olfato lo resiente y uno desea abrir la ventana. Pero si no se hace, después de un rato ya no se resentirá el olfato, que, cansado de repelerlo, se acostumbra a ese específico olor, aunque sigue capacitado y dispuesto a captar cualquier nuevo olor que surja, como alguien que entra al mismo cuarto con un poco de perfume.

El del pastor es el ministerio más cansado en cuanto pasa más tiempo con el cuerpo, con la iglesia. De ahí que, cuando no se tratan debidamente ciertas actitudes o circunstancias, con el tiempo puede acostumbrarse a ellas y tomarlas como normales; sin embargo, cualquier otro puede llegar a notar la situación y sabrá que está mal y podrá apoyar o exhortar al pastor.

El hecho de que el pastor se acostumbre a una circunstancia no le excluye de poder discernir otras que comienzan. Eso provoca que unas personas resientan que el pastor les llame la atención a ellas por algo que no corrige en otras. Por ejemplo, hay un hombre que no está educando bien a sus hijos y el pastor se lo dice una y otra vez, pero este hombre no cambia; es probable que el pastor lo vaya a ignorar o considerar como uno de esos malos olores que no se corrigieron.

Pero llega otra familia y el hombre tampoco está educando bien a sus hijos; el pastor se le acercará y tratará de exhortarlo a que los eduque bien. Esto puede parecerle al segundo padre de familia que el pastor está sesgado, pues a él le llama la atención y al otro no.

El sentido del gusto

Este sentido es de gran importancia al cuerpo pues está vitalmente ligado con la alimentación. Por un lado advierte que el chile jalapeño es picante o el café está muy caliente, y que al entrar al organismo puede irritar, producir úlceras y otras reacciones.

A veces la lengua, que es la portadora del sentido del gusto, se acostumbra a tolerar cosas calientes y picantes que el estómago no está listo para recibir y eso altera todo el comportamiento del cuerpo. Para usar una ilustración gráfica, aunque jocosa, podemos pensar en esas caricaturas en las cuales alguien como algo picante y luego saca fuego por la boca.

El sentido del gusto cumple esa responsabilidad y necesidad que tiene el cuerpo de comer y la convierte en pura experiencia agradable y deliciosa. Imagínese tener en la mesa un buen bistec con papas, una ensalada mixta, un arroz a la valenciana, un pastel de queso y un vaso de jugo de manzana. Pero todo sin sabor, que no haya diferencia entre uno y otros. En español, usamos la expresión "papa sin sal" cuando algo o alguien carece de gracia, queriendo decir que sin sabor, la papa y cualquier comida no es apreciada. Regresando a la mesa, podemos comer todo aquello y sacar el beneficio de su nutrición; pero sería meramente obligación y necesidad, no sacaríamos ningún deleite y por lo tanto no tendríamos motivación para volver a la mesa. En lugar de esperar con anticipada emoción la hora de la próxima comida, la consideraríamos como la próxima cita con el doctor o la toma de un purgante para mantener el sistema limpio.

Este sentido, al igual que el del tacto, no estaría dispuesto a tomar algunas cosas por ser amargas o ácidas. Pero la cabeza decide que son necesarias para la buena alimentación del cuerpo y que, aún en contra del deseo del gusto, hay que comerlas. En cambio los postres y golosinas y bocaditos que se venden en las tiendas, cines y estadios, son muy agradables al paladar, pero no edifican al cuerpo. Allí también es necesario que la cabeza juzgue y el sentido del gusto se sujete.

Este sentido es comparable al ministerio del maestro. Como depende el cuerpo humano de comer las cosas correctas que necesita para fortalecerse, así también depende el cuerpo de Cristo de la alimentación espiritual para que se desarrolle con un balance de entendimiento que le capacite a ser para la honra y gloria de Dios. Las comidas irritantes pueden ser esas doctrinas que tienden a dar un sentido de superioridad; y por consiguiente, cuando se hablan, en lugar de ser palabras sazonadas con sal, son palabras como fuego; pero no fuego purificador, sino del que habla Santiago. Fuego que es inflamado por el infierno.

Las úlceras y las irritaciones son esas divisiones que ocurren en el cuerpo precisamente por permitir doctrinas que no contribuyen a su unidad y a la exaltación del orden establecido por Dios. La tendencia humana del maestro es la de estudiarlo todo; y, cuando no hay una buena comunicación con el resto de los ministerios, puede suceder lo del caso en que la lengua soporta ciertas cosas pero el estómago no. Me refiero a que el maestro puede entrar en estudios escatológicos y llegar a "descubrir" quién es el anticristo y se lanzará a proclamarlo. Quizá a él no le afecte tanto pero producirá desbalance y confusión innecesaria, en el resto del cuerpo. Así como ese ejemplo, hay otras posiciones doctrinales que pueden estar o no correctas, pero que no necesariamente contribuyen a la unidad y armonía del cuerpo.

En lo positivo, vemos que es el maestro el que transforma la responsabilidad y necesidad de estudiar la Biblia, en algo agradable e interesante. Es el maestro el que añade sabor y sentido a esos libros poco leídos o predicados.

El maestro funciona también como prisma a las enseñanzas apostólicas. Si el apóstol recibe la luz y la transmite al resto del cuerpo sin que intervenga el maestro, puede simplemente "encandilar" o producir destellos esporádicos. Pero cuando la recibe el maestro, la divide y la expresa en sus distintos colores, en sus distintos contextos y en un orden específico progresivo en que un conocimiento complementa a otro. Así como el comer sólo por necesidad, no motiva expectación en el ser humano, el asistir a servicios religiosos, o leer la Biblia, sólo por necesidad, no motiva expectación en los cristianos. Y, por consiguiente, rara vez descubren el gusto de hablar en la intimidad con Dios o desear que él les hable por los escritores.

El maestro complementa a los otros sentidos. Es el que en cierta forma, les da el visto bueno. Se puede ver un hermoso filete, su olor es invitador y su textura suave y jugosa, al cortarlo se puede oír ese suave sonido conforme el cuchillo lo penetra. Pero es hasta llevarlo a la boca que finalmente pasará el test. ¿Está muy salado?...muy picante?...mucha salsa?. Desde luego, se puede comer y sacarle beneficio, pero sólo será disfrutado y apreciado si sabe bien.

Así es con las doctrinas bíblicas; qué tanto los miembros del cuerpo lo disfruten dependerá del sabor que cause. Una de las doctrinas de Cristo que más le gusta al cuerpo, pero que funciona sólo como postre, engordando sin nutrir, es la de las promesas de la Biblia. Son tan dulces, tan apetecibles, que se comen en exceso. Pero sin su balance doctrinal, no edifican ni maduran al cristiano.

Ese abuso nos muestra la necesidad de que el ministerio del maestro, esté sujeto a Cristo y a los otros dones ministeriales para que no ande enseñando a su antojo, ni sólo aquellas porciones que le hacen quedar bien con la gente.

A veces es necesario enseñar cosas no muy populares, tales como disciplina, fidelidad, mayordomía, santidad, etc. Cosas sin las cuales el cuerpo de Cristo no puede crecer y madurar sanamente.

Lo que dije del sentido del olfato, que afecta al del gusto, eso pasa entre el ministerio pastoral y el del maestro. Cuando el pastor no se dedica correctamente al discipulado y a guiar a los miembros de la iglesia en su función y responsabilidad ante Cristo, las enseñanzas del maestro no son apreciadas, carecen de sabor o son bocados amargos. El maestro tiene que sobrellevar la carga de confrontar al cuerpo con sus ataduras mundanas.

Conclusión

Como el cuerpo humano necesita de los cinco sentidos y éstos a su vez se necesitan y complementan los unos a los otros, así también el cuerpo de Cristo necesita los cinco dones ministeriales y éstos a su vez se necesitan y complementan los unos a los otros. En cada uno de estos sentidos hay una gran variedad de órganos o partes que lo comprenden; por eso el sentido del tacto tiene muchísimas unidades sensoriales, unas para lo liso, otras para lo áspero, otras para el viento, otras para el calor, otras para el frío. Pero todas juntas se llaman sentido del tacto.

La lengua, igual, tiene una parte para dulce, otra para ácido, otra para amargo, otra para salado; pero todas juntas son el sentido del gusto. Lo mismo pasa con los otros sentidos.

Haciendo justicia a la comparación, diremos que hay distintas clases de maestros, evangelistas, pastores, profetas, y apóstoles, y cada uno tiene una expresión muy especial y particular para el cuerpo de Cristo. Eso es, que no necesitamos sólo un apóstol, un profeta, un evangelista, un pastor y un maestro. Sino, como dice Efesios unos apóstoles, otros profetas, etc., en plural, para recibir un desarrollo completo.

Esperar que el olfato nos diga si una comida sabe bien, es engañoso; así, el demandar que un ministerio funcione como otro producirá frustración. Cristo, quien es la cabeza del cuerpo, estableció estos ministerios para edificar y perfeccionar a su iglesia, haciendo cada uno su parte y necesitando del complemento de los demás.

Oro porque esta comparación nos ayude a entender, a apreciar y a discernir la ministración de todos los dones en nuestro desarrollo espiritual individual y colectivo. Oremos para que esos dones se desarrollen y funcionen en la iglesia, confirmando "que es Cristo en nosotros la esperanza de gloria".